

EL *MI*~ RADOR

por

MARÍA DOLORES DE LA FE
y MANUEL GONZÁLEZ SOSA



BREVILOQUIOS

X

Para
Jose Luis Gallardo,
cordialmente.

Miguelo.

EL MIRADOR

JLQ 11.103

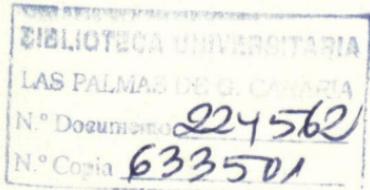


EL MIRA~ DOR

por

MARÍA DOLORES DE LA FE
y MANUEL GONZÁLEZ SOSA

Canarias PR.



BREVILOQUIOS



Llamase tambien assi cierta especie de balcones, cubiertos con su tejadillo, y rodeados de vidrieras, que suele haber en las casas, para mirar lo que se quiere, sin padecer la molestia de los temporales.

DICCIONARIO DE AUTORIDADES

S U M A R I O

ESCALERA

11

MIRANDA

15

MARÍA DOLORES DE LA FE:

Era como subir

19

Canciones de las tres de la tarde

23

MANUEL GONZÁLEZ SOSA:

Los álamos blancos

27

El forastero

31

ESCALERA

Comunmente se toma por la parte de la casa por donde se sube á los cuartos altos de ella, que esta sixa, y se compone de passos ó escalónes, que están puestos entre dos paredes, ú de un lado encaxados en la pared, y del otro assesegurados con barandillas de hierro ú madera.

DICCIONARIO DE AUTORIDADES

Dos escritores nacidos el mismo año y en la misma isla, pero en distintas zonas, ignorándolo mutuamente habitaron en fechas tempranas, en la misma época, el mismo lugar, uno de ellos transitoriamente. Y andando los años, cada cual por su lado, sin saber ninguno de las retroevaciones del otro, en más de una ocasión se asomaron al recuerdo de paisajes y vivencias que en la biografía de cada uno pertenecen a ese espacio y, más o menos, a aquel tiempo.

Testimonios ya viejos de esas fugas retroactivas son los textos que se reúnen aquí a manera de homenaje a una etapa de la vida que, vista desde cierta altura de la edad, se aparece como una confluencia espaciotemporal fulgurante.

El título del cuaderno (que ha ilustrado con mano sensitiva Chelín Reino) quiere aludir a la atalaya de la memoria y también, en segundo término, a sendas torres profanas que en su día fueron una visión familiar para los autores en sus respectivas ciudades.

María Dolores de la Fe nació en Las Palmas, y Manuel González Sosa en Guía de Gran Canaria, ambos en 1921.

MIRANDA

*Paraje o balcón en alto desde donde se
puede explayar la vista.*

DICCIONARIOS

MARÍA DOLORES DE LA FE



ERA COMO SUBIR

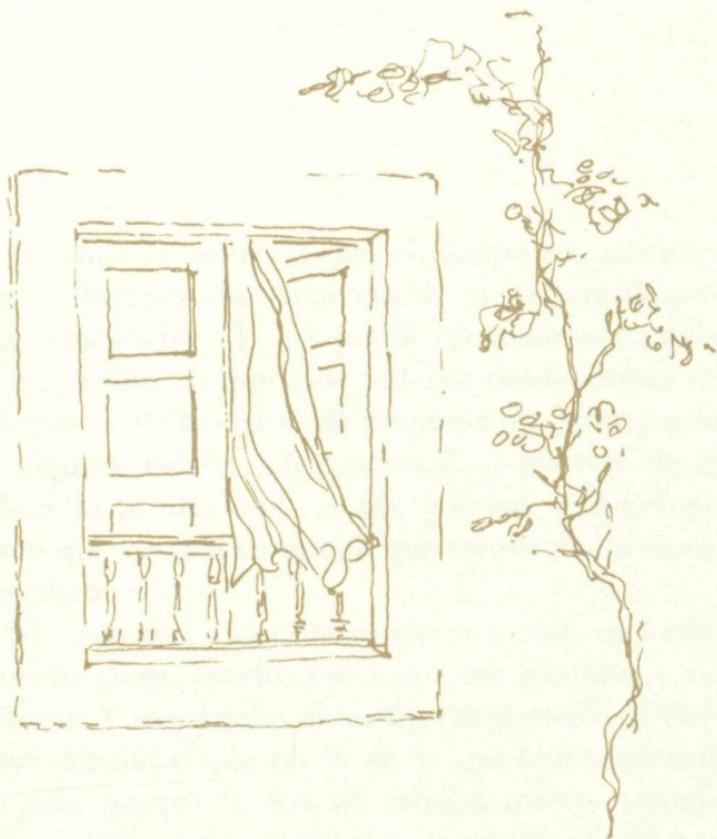
ERA como subir al aire alto, a la transparencia como de sueños aún no quebrados, aún no despertados, a un alejarse todo, rutina, dolor, sinsonrisa...

Era que la palabra *fiesta*, la palabra *libre* lo envolvían todo.

Era siempre la Primavera de cada semana llegar a Guía (un silencio espeso, una ventana sigilosamente entornada).

Guía. La Montaña. Mi fiesta.

Yo, ¡libre!



Ch. Reino
94

CANCIONES DE LAS TRES DE LA TARDE

ERA en aquellos años en que el campo era silencio, como si durmiera la soñarrera de una siesta larguísima, inacabable. Y así podía escucharse aquella voz que venía de tan lejos, tal vez desde detrás de las lomas, o de la era, o de ningún sitio, sino que la voz siempre estaba allí esperando a las tres de la tarde, y la producía el campo, o el sol, o el tiempo mismo que vivía el campo, o que estuvo de siempre, como digo.

Era canción o canturreo sin sexo, sin melodía, como un puro sonido que a mí me gustaba y no entendía. Y me dejaba el sueño despierto, o el despertar dormido, que no lo sé, y una honda alegría tranquila porque la voz no faltaba nunca —como nunca faltó en mis recuerdos tampoco. Y tal vez desde entonces se me ha quedado esa magua de no saber música para poder transcribir canciones de las tres de la tarde, que eran todo el campo, toda la tarde, toda la infancia mía, todo el inolvidable perfume y el silencio increíble, mágico, que creaba aquella voz sin sexo, sin melodía acaso, que cantaba

las canciones de las tres de la tarde que eran a lo mejor siempre una sola, pero que cada tarde para mí era nueva, como entonces todo era nuevo para mí. Y por eso se me ha quedado Guía tan hundida y tan buena de recordar en mi interior (la emoción de las tres de la tarde), en los entresijos a que se han ido adhiriendo o adosando capas y capas de tanto, de todo. Pero nada como aquella canción de las tres de la tarde.

Ni siquiera después, cuando ya los recuerdos a veces vienen acompañados —o provocados— por otra música. Porque estas músicas posteriores, todas, tenían nombre, autor, letra, compás... Y aquella de las tres de la tarde, no. Que igual evocaba a una madre que acunaba a un niño, o a un hombre que trabajaba la tierra, o a un muchacho que andaba sin prisas, al golpito del sol, sin rumbo, o a una mujer que planchaba, o a la muchacha que soñaba amor lavando en la acequia y soleando la ropa... O a nada, a todo. Algún quieto, lánguido quehacer —siempre todo el sol de esa hora—, o algún ocio en acción, no sé.

Pero era siempre en la magia de las tres de la tarde, en Guía, en las afueras de Guía, mejor dicho. En los adentros de mi vida, de mis años, bien dicho.

MANUEL GONZÁLEZ SOSA

LOS ÁLAMOS BLANCOS

EL barranco tenía —tiene— un nombre que, apenas pronunciado por cualquiera, suscitaba en mi imaginación el vuelo descendente de una bandada de aves nunca vistas. Las Garzas. A la altura de Frege-nales, frente a la sima, donde el hilo de agua caía en un terreno más bajo pero aún tajado entre cerros y lomas, un grupo de álamos encarnaba míseramente la presencia del bosque. El bosque: cuyo misterio nos había cautivado a través de las ensoñaciones alimentadas por los libros de cuentos.

Un día, no recuerdo por qué, mi madre nos dijo:

—En Jueves Santo, los álamos solamente dejan ver la cara blanca de sus hojas...

Todos los hermanos pensamos en seguida en el mismo sitio y a un tiempo nos sentimos acuciados por el ansia de asistir al portento. De presenciarlo, no de verificarlo, porque no abrigábamos la menor duda sobre su realidad. Pero la Semana Santa quedaba aún muy lejos; y cuando a la vuelta de los meses llegó el día predestinado, ninguno de nosotros cayó en la cuenta, absorbidos por otros intereses casi siempre inconstantes. Poco después, al rebrotar

el deseo, efímero otra vez, ya era tarde de nuevo, y demasiado temprano. Y así el año siguiente, y el otro, y el otro.

Tiempo adelante tuve ocasión de ver los álamos en la fecha en punto. Sus ramajes mostraban la apariencia de siempre: en la trémula masa, predominantemente verde, de un verde metálico y hasta sombrío, sólo algunas constelaciones espaciadas dejaban ver el lado blanco de las hojas. Para colmo, las manchas que albeaban en el follaje no eran ni impolutas ni tersas. Pero me callé el descubrimiento y risueñamente le hice un guiño a la vida. Supe de pronto que ella empezaba a favorecerme con sus revelaciones.



Ch. Reino. - 94

EL FORASTERO

ERA bastante mayor que nosotros, un grandullón, pero todavía niño. Llegó al pueblo, con su familia, no sabíamos de qué parte ni por qué motivo. Nada los vinculaba al lugar: ni la sangre, ni obligaciones, ni amistades añejas. Una panoplia, con dos sables cruzados, vista a través de una ventana, ocasionalmente abierta de par en par, dio pasto a la creencia de que su padre era un militar inactivo. En el pueblo no había guarnición, y el buen hombre, que no era viejo, se pasaba parte del día asomado a un postigo, espectador sonriente o distraído del escaso trajín que ocurría en su calle. Cerca de allí, pero sólo visible en parte, quedaba la plaza del barrio, un espacio anchuroso y medio arbolado que por las tardes, y hasta bastante anochecido, se convertía en palenque de nuestras diversiones, y para los más aventureros en punto de partida y recalada de correrías no siempre inocentes.

En la plaza apareció una tarde el muchacho forastero y casi exigiéndolo se brindó a ser desde entonces uno más en nuestros juegos. Era su estilo. El sentirse mayor o, quién sabe, el saberse hechura de



un medio menos cerrado que el nuestro, le daba una seguridad y una desenvoltura que resultaban irritantes. Además, solía comportarse con cierto distanciamiento, sin entrega entusiasta, como si nos tratara situado él en un rellano desde el que nos veía más tiernos y menos avisados de lo que éramos. Por nuestra parte, nunca lo creímos merecedor de una confianza. Cuando se fue del pueblo, meses después, y llegó el momento de los inventarios resentidos, algunos compañeros aludían confusamente a un fondo de malignidad y trataban de probarlo citando casos y ocurrencias condenables. Uno de los cargos estaba confirmado de viejo por el testimonio de una beata afamada, rezadora incansable pero también vigía atentísima. Una noche de novena, en la ermita del arrabal, el intruso robó un pequeño exvoto de cera y furtivamente lo introdujo en uno de los bolsillos de otro niño, sabe Dios con qué propósito.

Quizás por lo que tuvo de humillante, yo me guardé de revelar una experiencia amarga. Ocurrió que un día salí a la calle ansioso de exhibir un juguete que había sido hecho expresamente para mí. Un juguete modesto, pero que a despecho de lo ordinario de sus piezas lucía una esbeltez seductora. Era una pequeña balanza armada con astillas de caña, hilo de acarreto y las tapas superiores de dos cajas de betún. Apenas la vio el forastero me propuso cambiarla por una faroleta de colores que, según

dijo, guardaba como oro en paño en una alacena de su cuarto. De pronto me asaltó el recuerdo de uno de aquellos globos de papel rizado y multicolor que pendían, brilladores e inquietos, en el aire de cualquier noche de fiesta, y en el acto le entregué mi tesoro, sin aguardar a que me diera el suyo.

Pero me lo trajo en seguida. El alma se me cayó a los pies. No era la prenda que yo esperaba, sino un miserable vestigio de ella: un ancho trozo de papel deforme y ya estirado, y a punto de estrenar la vestidura de la pátina. Algo que convirtió en desecho la piñata encendible que acariciaba mi ilusión repentina.

DE ESTE CUADERNO, COMPUESTO EN LOS TALLERES DE RELAX
E IMPRESO EN LOS DE NUEVA GRÁFICA (LA LAGUNA)
EL 15 DE MARZO DE 1995,
AL CUIDADO DE A.S.R.,
SE HIZO UNA TIRADA DE 100 EJEMPLARES,
DIVIDIDA EN DOS SERIES CON NUMERACIONES
SEPARADAS DEL 1 AL 50.

EJEMPLAR NÚM. **42**



ULPGC. Biblioteca Universitaria



633501

BIG 860-3 FE mir